



## El misterio tiene la palabra: un plan poético de Pérez Zúñiga

José Luis Gómez Toré

En *Escala. Poesía 1991-2023* (con prólogo de Andrés Soria Olmedo), Ernesto Pérez Zúñiga recoge una selección de sus poemas hasta la fecha, desde el temprano *El vigilante* hasta su entrega más reciente, *Lance*, a lo que se suman unos pocos inéditos. Pérez Zúñiga probablemente sea más conocido por los lectores en su faceta de autor de novelas como *Santo Diablo*, *No cantaremos en tierra de extraños* o *Escarcha*. En ocasiones el novelista que escribe poemas (lo mismo ocurre con el poeta que se acerca a la narrativa) parece despertar cierta sospecha y no es raro que uno de los géneros que cultiva acabe por opacar a los otros, que se consideran, si acaso, como un pasatiempo ocasional o un aspecto secundario de su trayectoria. Pareciera que esa versatilidad tuviera algo de perturbador, que incomoda a quien tiene la necesidad constante de clasificar, de categorizar una realidad tan esquiva como es siempre la escritura. En el caso de Ernesto Pérez Zúñiga, sin embargo, la poesía no ha sido, ni mucho menos, algo anecdótico. Prueba de ello es que los primeros libros del autor, hasta la publicación de la colección de relatos *Las botas de siete leguas y otras*

*maneras de morir* en 2002, fueron todos ellos poemarios y el mismo año en que aparecen estos cuentos ve la luz también el libro de poemas *Calles para un pez luna*, Premio de Arte Joven de la Comunidad de Madrid. Desde entonces el autor ha venido alternando la narrativa con nuevas entregas poéticas (*Cuadernos del hábito oscuro*, *Siete caminos para Beatriz*, el ya citado *Lance*). De hecho, los inéditos que cierran el volumen parecen apuntar hacia nuevos caminos, lo que revela un inequívoco empeño por seguir explorando las posibilidades de la lengua poética. Sea como sea, es necesario resaltar que esa alternancia entre lírica y narrativa muestra no pocos caminos de ida y vuelta. Así, aspectos centrales en las novelas de Pérez Zúñiga como pueden ser los vínculos entre lo individual y lo colectivo, la preocupación social, el amor o el erotismo los encontramos asimismo muy presentes en los textos reunidos en *Escala*, que dan fe de un mundo propio que va más allá de un género determinado.

En el breve texto que precede a los poemas, el propio autor explica la polisemia del título de su antología: escalas de un viaje, escala de los mapas, escala musical, “secreta escala” en la noche oscura de san Juan de la Cruz. Funciona así la selección como una especie de cartografía para el viaje, una imagen central en el autor, quien invita de algún modo al lector a acompañarle en la esa travesía, y a asumir lo que la palabra poética tiene de camino secreto, de iniciático, de búsqueda espiritual, por más que ese espíritu pase (como en tantas tradiciones místicas de Oriente y Occidente) por la carne: “Padre fuego que estás en el cuerpo/ santiguemado sea tu nombre/ arda en nosotros el miedo”, leemos en *Lance* (título de evidente procedencia sanjuanista) en un poema recogido en estas páginas. Más que una subida del monte Carmelo, hay aquí un descenso, también a los infiernos o más bien a la mezcla de infierno y paraíso que constituye toda vida humana. Y es que, para Pérez Zúñiga, la poesía es precisamente ese instrumento de navegación que nos permite transitar por una tierra de nadie, por lo que no tiene perfiles definidos, pero también por el reino de la antítesis y de la contradicción (real o solo aparente). Basta fijarse en un título como *Calles para un pez luna*, que despierta en la imaginación una suerte de ciudad sumergida, en la que parecen confundirse de nuevo dos ámbitos, lo terrestre y lo acuático, cuando no lo humano y lo animal. y Lo cierto es que, partiendo de la inquietud existencial de los primeros libros llegamos en *Lance* y en los textos inéditos a una suerte de reconciliación con el mundo, siquiera transitoria, a través de la puesta entre paréntesis del yo y (lo que es casi lo mismo) mediante la experiencia del amor. Sorprende en *Escala* ese peso central de la poesía amorosa en una época, la nuestra, en la que buena parte de la lírica tiende a mirar con distancia desencantada, cuando no irónica, el tema amoroso. Sin embargo, por más que el amor en estas páginas ofrezca una tabla de salvación, no faltan los textos en los que se cuestiona nuestra educación sentimental. Así, por ejemplo, el inquietante “Cuerpo a cuerpo” de *Cuadernos del hábito oscuro*, en el que el yo lírico, no sin cierto sentimiento de culpa, viaja de repente desde la alcoba de la pareja hasta una Bagdad asediada por los bombardeos en la segunda Guerra del Golfo: “Vibraban sus caderas y sus senos/ y vibraba la tierra y

rincones del aire y el mismo fuego/ vibraba dentro de las pieles como un tambor/ cuando un disparo reventó tu cráneo”. Pero el amor es, ante todo, una forma de afirmación frente a la muerte y a un mundo en venta, en el que “crepitan las tarjetas de crédito junto a las tarjetas de identidad”. Amar es dictar otro ritmo posible al mundo y así “Bailamos sobre el espejo redondo de la muerte/ Bailamos rayando la pulida superficie del no ser/ Te mueves en mí como una marea se mueve en ti/ El amor es una cinta de Moebius/ Te trae haciendo surf en bumerán”.

Los últimos versos citados constituyen una buena muestra de los procedimientos de esta poesía, dada tanto al juego de repeticiones y variaciones (que en ocasiones recuerda la lírica popular) como a las metáforas audaces, con cierto sabor vanguardista. Lejos del tópico del novelista que escribe una poesía narrativa, aquí la narratividad que apunta en algún pasaje estalla en seguida en fragmentos líricos, que parecen buscar una unidad perdida al tiempo que testimonian lo roto, lo precario de nuestra condición: “Desde el mango del mundo se nos ve como rotos en la tela de un paraguas. El mundo gira. Canta bajo la lluvia”. El poeta aguza el oído para escuchar ese canto, por más que quizá ya no sea sino el eco de una melodía a punto de perderse, la “musiquilla de las pobres esferas” que diría Enrique Lihn. No resulta casual que el volumen se cierre con un inédito, la “Carta XXXVIII”, que personalmente me recuerda al “Ama tu ritmo” del Darío más simbolista, con el que Pérez Zúñiga comparte una misma nostalgia de armonía, una espiritualidad heterodoxa que sospecha, como Donne, que los misterios del alma se leen en el libro del cuerpo. Nada mejor que cerrar este breve recorrido con la invitación de subir (o bajar) por esta escala con los versos finales del citado poema: “Las palabras externas/ ocultaban palabras/ mejores. / Alumbrarán el centro del diamante. / Siempre el Misterio tuvo la palabra”.